El escritor checo Mijail Zaborov nació en Praga (1927), en cuya Universidad estudió Historia Medieval. Tras ejercer como profesor en las de Viena y Praga, fue titular de la cátedra correspondiente en la Sorbona y Ruán. En el tema de las Cruzadas su aportación es clave: la creencia de que estas guerras, que ciertos cristianos libraron entre 1096 y 1278 para liberar Tierra Santa, respondían a una manifestación de la profunda religiosidad de la Europa medieval, sufre un serio revés con el desarrollo de la

historiografía [illegible] La revelación de nuevos [illegible] y una interpretación [illegible] de los documentos [illegible] va a desechar como una [illegible] idealista explicación [illegible] otros historiadores contemporáneos consideran que los diferentes fenómenos de la [illegible] económico-social de los siglos [illegible] XIII fueron los auténticos motores. La difícil situación de [illegible] masas populares de Europa occidental y los intereses económicos de las ciudades del [illegible] Italia son la clave de los [illegible] narrados en este volumen.

GLOBUS

22

Mijail Zaborov
HISTORIA DE LAS CRUZADAS

LOS GRANDES TEMAS DE LA HISTORIA

Mijail Zaborov

HISTORIA DE LAS CRUZADAS

Cuales fueron sus autenticas causas.

GLOBUS

Título original: Histoire des Croisades
Autor: Mijail Zaborov
Traducción: José Fernández
© Akal Editor
© de la presente edición, 1994: Globus
Comunicación. Goya, 115. 28009 Madrid
I.S.B.N.: 84-8223-049-2
Depósito legal: M. 32.198-1994
Impresión: Rivadeneyra, S. A.
Paseo de John Lennon, 21. Getafe (Madrid)
Printed in Spain

Mijail Zaborov

HISTORIA DE LAS CRUZADAS

GLOBUS

CAPITULO 1

CAUSAS Y PREPARATIVOS DE LAS CRUZADAS

Las causas de las cruzadas son desde hace tiempo objeto de análisis de la ciencia histórica. Los historiadores del siglo pasado y del presente han apuntado múltiples motivos por los que masas considerables de habitantes de Europa occidental, durante casi dos siglos (las cruzadas duraron, con interrupciones, de 1096 a 1270), llamados por la Iglesia católica, se lanzaron a conquistar los países que hoy denominamos Oriente Próximo.

Autores de los primeros decenios del siglo XIX, como F. Wilken y G. Michaud, muy influidos por la tradición eclesiástica católica, veían en las cruzadas una manifestación de la profunda religiosidad de los pueblos de Europa occidental en la época medieval. Según esos historiadores, las cruzadas revelaron el sincero deseo de los pueblos, imbuidos en un espíritu religioso, de arrebatar a los musulmanes la ciudad de Jerusalén, con el Santo Sepulcro, y otros lugares sagrados de Palestina, donde supuestamente había nacido Jesucristo y donde, según el Evangelio, había transcurrido la vida terrena del precursor del cristianismo.

Posteriormente, con el desarrollo de la historiografía, con la revelación de nuevos hechos y mediante una interpretación más critica de los documentos históricos medievales, la mayoría de los historiadores desechó la ingenua e idealista explicación de las causas que originaron las cruzadas. Los historiado-

res de la segunda mitad del siglo XIX y de principios del siglo XX, tras un análisis más profundo de la enorme cantidad de documentos, se centraron en los diferentes fenónemos de la vida *económico-social* de los siglos XI al XIII, que fueron los auténticos móviles de las cruzadas: la difícil situación de las masas populares de Europa occidental (H. Prutz, T. Wolf) y los intereses comerciales de las ciudades del norte de Italia, que participaban en las cruzadas (W. Heyd). Numerosos historiadores (L. Brayer, W. Stevenson, W. Norden, etc.) consideran que el papado fue impulsado a organizar las cruzadas por razones políticas, como la necesidad de elevar su prestigio en la lucha contra los emperadores germanos y de lograr la reunificación de la Iglesia ortodoxa griega con la romana.

Algunos científicos burgueses, haciendo alarde de realismo, han expuesto ideas muy acertadas sobre las cruzadas y han hecho observaciones muy profundas sobre los factores económicos, sociales y políticos que constituyeron el motivo real de las mismas. Esas valiosas observaciones están presentes en las obras de los franceses P. Riant, N. de Vally, L. Brayer, A. Luchaire, F. Chalandon; de los alemanes H. Siebel, H. Prutz, B. Kügler; T. Worf; del austríaco R. Rericht; de los rusos V. G. Vasilevski, F. I. Uspenski, P. Mitrofanox, D. N. Egorov y otros.

No obstante, la historiografía burguesa no fue capaz ni en su mejor época de dar una interpretación más o menos acertada de las complejas causas de las cruzadas. Su idealismo impedía a los científicos hallar la solución exacta. En realidad, nunca renunciaron del todo a la idea simplista de las cruzadas como una lucha entre dos religiones (el cristianismo y el Islam), como una lucha «entre la cruz y la media luna», según expresión del historiador alemán H. Siebel.

En cuanto a los autores burgueses contemporáneos, si bien una parte se mantiene en las tradiciones realistas de sus predecesores, muchos otros en su examen de las causas de las cruzadas se retrotraen a los puntos de vista de principios del siglo pasado, abandonados por la propia ciencia burguesa. Algunos

historiadores imbuidos de un fanatismo religioso defienden las teorías gratas al Vaticano. Prisioneros del idealismo, los historiadores burgueses contemporáneos, en su mayoría, se muestran impotentes para dar unas explicaciones válidas; generalmente, se limitan a repetir la especie sobre la «exaltación religiosa» que dominó a Occidente en el siglo XI y que fue, supuestamente, motivada por las reformas eclesiásticas; sobre la idea de la «guerra santa», que adquirió popularidad a consecuencia de esa exaltación religiosa, etc.[1].

Según Ives Le Febvre, las cruzadas luchaban por un único objetivo: por el triunfo de una religión, y dilucidaban una sola cuestión: sería el mundo cristiano o musulmán, estarían sus costumbres e instituciones regidas por el Evangelio o por el Corán[2]. Evidentemente, tales explicaciones no son satisfactorias. Otros historiadores contemporáneos, incapaces de explicar los orígenes de las cruzadas, se limitan a rechazar la explicación materialista que al problema dio la historiografía burguesa anterior[3]. Como quiera que sea, el concepto de que las cruzadas fueron exclusivamente motivadas por el ideario predominante en aquella época prevalece en las obras de los investigadores occidentales contemporáneos[4].

---

[1] F. L. Ganshof: «Histoire des relations internacionales», t. 1 («Le moyen âge»). París, 1953, pág. 86.

[2] Ives Le Fevre: «Pierre l'Ermite et la croisade», Amiens, 1946, págs. 31-33.

[3] Así se comporta Jean Richard, que ridiculiza los intentos de relacionar, como él dice, la primera cruzada con la «crisis económica», provocada por la introducción de un atalaje perfeccionado que «llevó a la ruina» a muchos campesinos y caballeros (Jean Richard: «Le royaume latin de Jerusalen», París, 1953, pág. 29). Richard lleva al absurdo los puntos de vista de los historiadores partidarios del llamado materialismo económico.

[4] En esta tesis insiste P. Rousset, concretamente en su informe «La idea de la cruzada en los cronistas occidentales», leído en el X Congreso Internacional de Historiadores, en Roma (septiembre de 1955). Rousset repite las ideas básicas de su libro «Orígenes y particularidades de la primera cruzada» (1945), destaca los estímulos ideológicos que supuestamente animaron el movimiento de las cruzadas; entre esas causas, sitúa en primer plano «el clima psicológico», «la disposición de las mentes y de los corazones del siglo XI, etc.» («X Congreso Internazionale di Science Storiche. Relazione», Vol. III, Firenze, 1955, pág. 561).

Puntos de vista análogos expresaron muchos otros historiadores, concretamente los norteamericanos Lamont y A. S. Atiya. Este último, en sus conferencias dictadas en abril de 1951 en la Universidad de Chicago, presentó las cruzadas como *«una guerra de ideas

La historiografía soviética señala el camino exacto para enfocar científicamente el problema del origen de las cruzadas. Muchos aspectos importantes del tema fueron analizados en las obras de E. A. Kosminski, N. P. Gratsianski, V. V. Sotklitski-Tereshkovich, B. N. Zakoder, N. A. Sidorova y otros historiadores soviéticos.

¿Cuáles fueron las causas auténticas de las cruzadas? Para comprenderlas es necesario aclarar por lo menos estas tres cuestiones básicas:

1. ¿Por qué los campesinos y los feudales de Europa occidental (y posteriormente los ciudadanos) desde fines del siglo XI marcharon sobre los países de ultramar, como Siria y Palestina?

2. ¿Por qué ese movimiento enarboló la bandera de la religión?

3. ¿Qué circunstancias determinaron, por lo menos en sus comienzos, que la dirección elegida fuera precisamente la costa oriental del Mediterráneo?

Para responder esas preguntas es preciso analizar la situación de las distintas clases del Occidente feudal a fines del siglo XI, el papel de la Iglesia católica en la sociedad de la época, las relaciones económicas y políticas entre Europa occidental, Bizancio y Oriente en vísperas de las cruzadas.

El siglo XI es para Europa occidental el inicio de grandes cambios económicos. Los éxitos de la industria transformadora de la lana, de los metales, en la construcción, en la agricultura y en la ganadería, motivaron que el trabajo artesanal se fuera separando paulatinamente de la agricultura. En Europa surgieron y crecieron las ciudades. Entre la ciudad y su entorno rural se establecieron relaciones comerciales más o menos regulares. También empezaron a establecerse sólidos vínculos comerciales a nivel internacional, entre los países europeos y

y de ideales», en la que los pueblos medievales *«luchaban por la religión» (A. S. Atiya: *«The crusades: old ideas and new conceptions». *«Cahiers d'histoire mondiale», vol. II, núm. 2, página 470, París, 1954).

de éstos con Bizancio y el Oriente. Al comercio con Oriente, hasta entonces insignificante, se incorporó un elevado número de ciudades. Desde tiempos remotos comerciaba con los árabes Arlés (en el sur de Francia). En el siglo IX, de Lyon, Marsella y Aviñón partían expediciones comerciales para la Alejandría egipcia. De allí salían cargamentos de especies de la India, esencias aromáticas de Arabia y otras mercancías orientales que por vía fluvial llegaban al interior de Francia. Entre las ciudades italianas, Bari mantenía un animado comercio con Oriente. De esta ciudad, en 1086, salió para Antioquía, en Siria, una caravana de buques, cargados con frutas y otras mercancías.

Los comerciantes de Amalfi frecuentaban Egipto. El sultán egipcio, que también dominaba Palestina, les cedió un barrio entero en Jerusalén. También los mercaderes de Venecia efectuaban con Oriente un comercio activo; a principios del siglo XI, sus embajadores visitaron a casi todos los gobernantes árabes de Aleppo, Damasco y El Cairo. Las jóvenes repúblicas italianas se mantenían en la cabeza del comercio con Oriente.

Los emprendedores comerciantes del norte de Italia posteriormente tuvieron una activa participación en las cruzadas, movidos por el afán de lucro y para fortalecer su posición de intermediarios en el comercio entre Oriente y Occidente y desplazar a Bizancio, principal rival de las ciudades italianas en el Mediterráneo oriental. Pero el papel de las repúblicas italianas del norte como factores de las cruzadas se manifestó sólo más tarde. Génova, Pisa y Venecia se incorporaron de lleno a ellas cuando el movimiento alcanzó determinados resultados prácticos; en la etapa inicial de las cruzadas el papel de los habitantes de Italia del Norte fue muy inferior al de los de otros grupos sociales de Europa occidental.

Las causas que motivaron las cruzadas radicaban, en primer término, en los cambios acaecidos a principios del siglo XI en la situación de las principales clases sociales de Occidente, originados por la evolución económica.

El campesino y su lucha contra la opresión feudal

En el siglo XI casi todos los campesinos de los países más importantes de Europa occidental vivían bajo el régimen de servidumbre.

El algunas partes, un número reducido conservaba su libertad personal, aunque tampoco eran totalmente libres, pues estaban obligados a los terratenientes por medio de distintos gravámenes. El siervo de la gleba estaba obligado a la prestación personal (hasta tres días por semana) y soportaba otras numerosas cargas. Entre las cargas que el señor feudal imponía al campesino estaban la capitación, el pago por usufructo del bosque o del prado, el tributo para la manutención de las huestes del señor en campaña. Existían además otras obligaciones, símbolos de la dependencia personal del siervo; así, para que los herederos de un campesino pudieran conservar los bienes que legalmente, y según derecho de las «manos muertas», pasaban a poder del señor, tenían que pagar un rescate, entregándole el mejor ganado y la mejor ropa. Cuando se producía algún acontecimiento en la familia del señor (una boda, las primeras galas, etcétera), el siervo tenía que pagar una contribución de una sola vez. Aparte estaban las exacciones de todo tipo: las judiciales, para la construcción de caminos, de mercado y otras, que el señor feudal quisiera imponerle. Además, el campesino debía de pagar a la Iglesia el diezmo, contribución que en muchos casos rebasaba la décima parte de sus frutos.

El nacimiento de las ciudades, que dio impulso al comercio, empeoró la situación material del campesino, pues los apetitos de los señores feudales aumentaron; éstos ya no se contentaban con las cargas en especie (harina, manteca, carne, frutas); querían comprar lo que producía la ciudad (de superior calidad a lo que fabricaban sus artesanos): armas, vestimentas, calzados, armaduras, y lo que de ultramar traían los mercaderes italianos: las telas de Oriente, vinos, adornos y objetos de uso doméstico. Los señores adquirían gustos más variados y, en

consecuencia, se hacían más exigentes, aumentando cada año a su antojo las cargas de distintas clases. Así, en el siglo XI, ya se introducen en diversos lugares los gravámenes en dinero, especialmente ruinosos para el campesino. En un códice del monasterio de San Miguel, en Lorena (siglo XI), leemos que un tal conde Reinaldo, para cobrar a los campesinos pertenecientes al convento el tributo en dinero (talla), «recluía a nuestra gente (la del monasterio) en los calabozos y con torturas les exigía la entrega de sus bienes». El propio conde confesaba, como señala el antiguo documento, que sus abusos estaban «en contradicción con el derecho». Muchos documentos de los siglos XI y XII revelan con claridad hasta qué punto llegaba la opresión implacable a que sometían a sus campesinos los señores feudales y eclesiásticos, para recaudar mayores tributos.

Pero no eran las cargas y abusos feudales los que arruinaban a los campesinos. A su empobrecimiento colaboraban también las interminables guerras en diversas partes de Occidente en el siglo XI. Era la época en que el fraccionamiento feudal alcanzó su apogeo. En Francia, tanto los grandes señores como los menos poderosos se hallaban en permanente pugna. Las guerras feudales también dividían a Alemania, donde la hostilidad de las distintas agrupaciones feudales estaba vinculada a la lucha por el poder entre los emperadores y los papas. También en Italia y en otros países, entre los «partidos» feudales se registraban encarnizadas guerras intestinas.

El campesinado era la primera víctima de esas interminables guerras feudales. Durante la guerra, los señores no respetaban los sembrados campesinos; el mísero patrimonio del agricultor era saqueado, su vivienda condenada a ser pasto de las llamas, los graneros destruidos. Refiriéndose a las luchas entre la nobleza normanda de fines del siglo XI, el cronista Orderico Vitalio dice: «La sed de guerra era tan fuerte, que los campesinos y los habitantes pacíficos de las ciudades no podían permanecer tranquilamente en sus casas». De las devastaciones originadas por las guerras feudales dan cuenta los documentos

conservados en los conventos. Uno de ellos, fechado en 1050, dice: «A consecuencia de las frecuentes guerras, esa región (la de Turena-M. Z.) quedó desierta, y durante casi siete años no la habitó nadie». Otro, de 1062, atestigua: «Los campos (en Anjou-M. Z.) fueron devastados y abandonados». A tal punto la anarquía feudal empeoraba la situación de las masas campesinas. Oprimidos por el yugo feudal, los campesinos y sus familias llevaban una existencia mísera y el hambre era permanente.

Tengamos en cuenta que el trabajo del campesino siervo era muy poco productivo. A pesar de que en el cultivo de la tierra se habían introducido mejoras, la técnica agrícola era muy primitiva; la tierra se trabajaba fundamentalmente con la pala y la azada. El arado de madera era arrastrado por vacas e inclusive por cabras. La tierra apenas se abonaba. La fertilidad del suelo no restablecida se agotaba rápidamente. No es de extrañar que durante el siglo XI el hambre por las malas cosechas azotara con frecuencia a distintos países de Europa. Algunos historiadores atribuían estas circunstancias a ciertas anomalías climáticas, achacaban las causas de las desdichas campesinas a fenómenos naturales. Indudablemente las sequías, el granizo, las excesivas precipitaciones en tal o cual región tenían efectos desastrosos, no en vano los cronistas del siglo XI los mencionan con frecuencia; por otra parte, estos fenómenos encontraban campo muy propicio en el bajísimo nivel de la técnica agrícola y en el atraso general del régimen social.

De la magnitud del hambre en el siglo XI dan una idea los frecuentes casos de canibalismo. El cronista borgoñón Radulfo Glaber afirma que el canibalismo en la época del hambre adquiría una amplia difusión en muchas regiones de Francia en 1032 y que duró tres años más. Este analista piadoso, que como muchos de sus contemporáneos achacaba el hambre a la cólera divina contra la humanidad pecadora, dice: «La gente devoraba carne humana. Los caminantes eran atacados por los más fuertes, que los descuartizaban y comían, después de haberlos asado... En muchos lugares sacaban los cadáveres de

la tierra para calmar el hambre... Tanto se propagó el consumo de carne humana, que hasta se puso en venta en el mercado de Tournus como si fuera carne de vaca; el vendedor fue detenido; no negó su crimen; le ataron y le quemaron vivo en una hoguera. Pero la carne que él vendía, y que fue enterrada, alguien la sacó de noche y se la comió». Lo que relata Radulfo Glaber no fue un caso aislado en el siglo XI; muchos otros cronistas describen las miserias de la población en aquellos años de hambre, que se sucedían ininterrumpidamente. El historiador francés Dares de la Chavanne calculó que durante el siglo XI hubo veintiséis años de malas cosechas, es decir, más de un cuarto de siglo. Sobre todo fue frecuente el hambre en las aldeas a fines de dicha centuria, cuando Europa occidental padeció consecutivamente «siete años flacos» (1087-1095).

Las constantes malas cosechas, la mortandad de animales y, en consecuencia, el hambre, fueron el verdadero azote de la clase campesina. A ellos se unían las pestes devastadoras. Las epidemias, generalizadas en los años de hambre, causaban millares de muertes en el campo y en las ciudades, entre las personas debilitadas por la desnutrición. «Muchos pueblos quedaron sin labradores», anota lacónico un cronista francés, refiriéndose a la peste de 1094. Según otro contemporáneo suyo, en tres meses esa epidemia causó en Regensburgo más de 8.500 muertes. Mientras estas desgracias se cebaban en los campesinos, aumentaba el yugo feudal, factor principal y decisivo de la ruina de los campesinos del siglo XI, tanto del siervo como del que iba camino de serlo.

La opresión feudal provocaba una legítima protesta, que se expresaba de distintas maneras. En algunas partes, los campesinos organizaron verdaderas rebeliones, «motines», como las denominaban los cronistas. Tales motines se registraron en Bretaña, en Flandes, en Inglaterra. También en Francia se produjeron acciones campesinas contra el yugo feudal poco antes de iniciarse la primera cruzada. Los cronistas cuentan que la gente empujada por el hambre y la miseria incendiaba, saquea-

ba y devastaba los bienes de los ricos, dando su merecido a quienes, explotando la desesperada situación del pueblo, prestaba dinero en condiciones de usura y les despojaban de su último patrimonio. «Los pobres castigaban a los ricos con el pillaje y los incendios», se lamenta el monje-cronista Sigeberto de Jeanblas.

La protesta espontánea de los siervos en esa época también solía tomar formas pasivas. Al no hallar salida a su situación de miseria y de carencia de derechos, muchos caían en la desesperación. Se conocen casos de suicidios colectivos en los pueblos en los años noventa del siglo XI. Otros buscaban la evasión de la realidad feudal en lo «espiritual»: entre el pueblo se propagaban doctrinas religiosas que en esencia rechazaban el régimen feudal y predicaban la igualdad social. La Iglesia combatía estas doctrinas como *herejías* y perseguía en forma despiadada a los *apóstatas*, porque la herejía religiosa era una manifestación de protesta de las masas contra la explotación feudal. En Francia y en Italia, los herejes, campesinos y ciudadanos (precisamente del siglo XI datan las primeras noticias sobre las herejías en esos países) consideraban el mundo terrenal como un engendro del diablo y llamaban a renunciar a todo lo carnal y material[5].

Otros procuraban, de uno u otro modo, romper con el detestable mundo del mal, aunque no luchando contra él de forma activa. Durante los «siete años flacos» aumentó la tendencia a recluirse en ermitas y conventos. Otra manifestación de ascetismo era el deseo de «mortificar la carne», para librarse de la angustia vital. Según Bernholdo, cronista de Suabia, en 1091, en Alemania, muchas fueron las muchachas campesinas que renunciaron al matrimonio. También se produjeron casos de renuncia a la propiedad, hecho que llegó a convertirse en un principio («la propiedad abruma el espíritu»). Muchos, al no

[5] N.A. Sidorova: «Los movimientos populares heréticos en Francia en los siglos XI y XII». Rev. *Srednie veka*, v. IV, Moscú, 1953, pág. 74.

ver la posibilidad de alivio en el futuro, porque la vida se hacía cada día más desesperada, se entregaban a la vida ascética, un fenómeno muy singular en la época, que debe ser interpretado correctamente y tomado en cuenta para comprender algunos de los móviles de las cruzadas. Los historiadores burgueses han escrito mucho sobre el «ascetismo» de Occidente en el siglo XI, sobre el fomento del espíritu religioso, como causa de las cruzadas. No veían que los crecientes ánimos religiosos de las masas se debieron a causas totalmente materiales[6]. Ese sentimiento fue originado por las condiciones insoportables en que en aquella época se encontraba la población trabajadora.

El siervo, aplastado por la miseria, oprimido por su dependencia personal del terrateniente, también era víctima de su propia ignorancia[7], fomentada por la Iglesia, que predicaba la sumisión, la resignación y el temor. Ignorante, obnubilado por fantásticas ideas religiosas, el campesino interpretaba sus desgracias a través de la óptica de su fe religiosa. «Las malas cosechas, el hambre, la *peste ígnea*[8] que llevó a sus hijos a la sepultura, eran para el labriego religioso una manifestación de la "ira divina", un castigo del cielo por sus pecados ignorados». Así tomaba cuerpo la creencia de que para librarse de los sufrimientos de la vida diaria había que aplacar la ira de las fuerzas celestes. Pero, ¿cómo?

[6] La tesis acerca del «sentimiento religioso» como causa principal, si no única, de las cruzadas, tampoco la admiten algunos historiadores burgueses progresistas. En este sentido destaca la intervención del bizantinista francés P. Lemerle en la mencionada X Asamblea Internacional de Historiadores en Roma. En su informe «Bizancio y las cruzadas» señala que, aunque muy importante, el «factor religioso» no puede explicar en su plenitud el origen de las cruzadas, un fenómeno que «en la práctica y en su esencia con frecuencia se halla en contradicción con el cristianismo». La concentración del sentimiento religioso, según Lemerle, tuvo «bases positivas». «Para mí es evidente que estos motivos básicos de las cruzadas fueron de orden social y económico», y añadió que «el problema de las cruzadas» debe solucionarse en primer lugar mediante el estudio del «ámbito de las relaciones agrarias en Francia» (P. Lemerle: «Byzance et la croisade», «Relazioni», vol. III, págs. 615 y 616).

[7] V. I. Lenin: «Obras completas», t. III, pág. 159 (ed. rusa).

[8] Por «Pestilentia ignearia» era conocida la enfermedad del cornezuelo atizonado, muy extendida en los años de mala cosecha. En 1089 muchas regiones de Francia, Alemania, Lorena y Brabante fueron azotadas por esa horrible enfermedad.

Dominado por la influencia de la Iglesia, el campesino creía que el Dios todopoderoso trocaría la ira en clemencia si el hombre pecador le demostraba su fidelidad con un acto extraordinario y heroico. Las ansias de sacudirse el yugo feudal y de salir de la miseria despertaban el deseo de sacrificarse, y este vehemente afán de redención adquiría un matiz religioso. La «devoción», tan característica de la mentalidad de determinadas capas populares del siglo XI, fue una de las múltiples manifestaciones de protesta pasiva campesina contra la omnipotencia señorial.

La forma más frecuente de lucha pasiva contra el creciente yugo feudal era la fuga. Aldeas enteras se ponían en camino sin rumbo fijo. Muchos, como alimañas perseguidas, se refugiaban en los bosques. «Todos los habitantes de la parroquia han escapado..., los campesinos se fueron a los bosques y no querían regresar», dice una escueta y expresiva inscripción de 1059 en los libros del convento de San Maxencio, en la Vandea. La fuga de los campesinos era en el siglo XI un fenómeno generalizado. De ello hablan las crónicas, los anales, numerosos documentos históricos, las hagiografías y otros testimonios literarios de aquella época. Huyen los siervos de los señores laicos y eclesiásticos, los «que no tenían que comer», escribe un autor anónimo del siglo XI refiriéndose a los campesinos del monasterio de San Jorge de Schwarzwald, en Alemania, que en el año 1092 decidieron abandonar el monasterio. El destacado eclesiástico, abad Pedro el Venerable, dice en una de sus cartas que los siervos fueron forzados a abandonar sus tierras y a escapar a países extraños[9]. El normando Orderico Vitalio también hace mención de la fuga de «muchísimos habitantes» durante las guerras intestinas feudales en Normandía. La reclamación presentada por el monasterio de San Miguel, en Lorena, afirma que la gente de ese monasterio, que

[9] Aunque esta noticia se refiere a comienzos del siglo XII, no hay motivos para creer que a fines del siglo XI las cosas eran distintas.

no podía soportar por más tiempo la terrible opresión y la «perfidia» del conde Reinaldo, «deja nuestras tierras yermas». Los campesinos abandonaban sus lugares patrios para escapar a las gabelas, abusos y depredaciones de los feudales, al hambre feroz y a las terribles enfermedades.

Esa era la situación de los campesinos en vísperas de las cruzadas. La gente del campo, mísera, oprimida por el feudal, no tenía una aspiración más fuerte, que la de escapar a la miseria y a la servidumbre. Luchaba a su modo, a veces de forma activa, la más de forma pasiva, pero con creciente energía, contra la explotación feudal. Luego veremos cómo la Iglesia católica, al organizar las cruzadas, se valió de estos ánimos de los campesinos.

Agudización de las contradicciones en la clase dominante

Los avances económicos de Occidente en el curso del siglo XI tenían que influir también en la clase superior. Por una parte, el crecimiento de los vínculos comerciales incrementó las necesidades de los señores feudales; por otra, las posibilidades de satisfacer sus crecientes apetitos eran pequeñas. La economía campesina, extenuada por los gravámenes y las malas cosechas, con una técnica rudimentaria, era muy poco rentable. Con el tiempo se hizo más arriesgado obligar al campesino a apretarse la cuerda que llevaba a guisa de cinturón: el campo comenzaba a rebelarse. Los señores se sentían amenazados por sus propios siervos.

Las guerras privadas (las *faidas*) de los feudales en aquella época se hicieron particularmente frecuentes. Cualquier motivo, aun el más insignificante, cualquier pretexto, era válido para apoderarse de nuevas tierras y de más siervos. Las faidas incrementaban la ira de la aldea. Para ganar en la guerra, el señor debía de mantener a numerosos vasallos bajo las armas y ese servicio lo recompensaba con donación de tierras. En

Francia, en Alemania y en otros países de Occidente ya no había tierras libres; las reservas del suelo habían sido repartidas entre los vasallos. De tal modo, numerosos señores bélicos se hallaban en una situación sin salida. Se necesitaban nuevas tierras, ¿pero de dónde sacarlas? ¿De dónde obtener los recursos financieros que los siervos ya no podían ni querían proporcionar, pese a las estratagemas y abusos de los amos?

Complicaba la situación un hecho muy importante. Durante el siglo XI, muchas tierras de pequeños y medianos propietarios pasaban más y más a poder de los grandes feudales[10].

En los países de Occidente se formó así una importante capa de caballeros sin tierras. A este hecho contribuyó grandemente la implantación en aquella época del sistema de mayorazgo, de acuerdo al cual la herencia no se reparte y la recibe íntegramente el primogénito. A consecuencia de ello, en las familias de los terratenientes feudales numerosos hijos eran privados de herencia; de allí vienen los apodos de «sin tierra», «infortunado», «desnudo», de muchos caballeros con los que nos encontramos al comienzo de las cruzadas.

Si numerosos grandes feudales del siglo XI no podían satisfacer sus necesidades como ellos querían, ¿qué decir de los caballeros pobres? Estos no podían hacer frente a sus pagos. La adquisición de bienes y de siervos era su mayor afán y la forma más accesible para arreglar su hacienda era el bandolerismo y el pillaje. En bandas, y en solitario, merodeaban por Francia, Flandes, Lorena y otras tierras, asaltando aldeas, robando a los campesinos cuanto podían: las míseras provisiones de granos, la ropa, hasta el arado y la azada. Tampoco desdeñaban el asalto a los viajeros en los caminos. En 1096, el señor Roberto de Perrone presentó una queja al obispo de

[10] La pequeña propiedad agrícola era «absorbida» por la grande de distintas formas. Generalmente, las propiedades de los feudales más pequeños en el curso de las *faidas* eran ocupadas por los señores más poderosos; a veces los pequeños cedían propiedades a los grandes feudales y a los monasterios para lograr determinadas prebendas materiales y «espirituales» (la protección, un cargo, la «absolución de pecados», etc.)

Arlés contra un cierto caballero que le había robado, a él y a su gente, cuando transportaban el vino al mercado de la ciudad. El autor de la crónica de Cambray califica uno de los castillos del obispado de «azote» para los campesinos de la comarca, tales depredaciones ocasionaba su propietario. Otros muchos castillos también eran auténticos nidos de bandidos.

Con frecuencia, las bandas de caballeros asaltaban los grandes latifundios; sobre todo eran tentadoras las grandes posesiones de la Iglesia y de los monasterios. Esos caballeros, cuya propiedad tanto ponderan algunos historiadores, no titubeaban, relata un documento de mediados del siglo XI, en «atacar a los clérigos desarmados, a los frailes o a las monjas», ni tampoco en «dañar las comunidades de los canónigos..., también las tierras y posesiones que trabaja la Iglesia..., los clérigos, los frailes y las monjas inermes». Se apropiaban de los caballos, los bueyes, las vacas, los burros, las ovejas, los corderos y las cabras; quemaban los olivares en el sur de Francia. El Papa León IX caracterizó a esas bandas de caballeros semihambrientos de forma muy expresiva: «He visto —escribía— a esa gente violenta, increíblemente feroz, que en impiedad supera a los paganos, que destruye por doquier los templos del Señor, que persigue a los cristianos a los que a veces daban terrible muerte... No tenían compasión ni de los niños, ni de los ancianos, ni de las mujeres».

El bandolerismo de los caballeros segundones, que arruinaba a los campesinos, también causaba daños a las grandes propiedades, en primer término a las de la Iglesia, menos protegidas por la fuerza armada. Es cierto: tanto el caballero segundón como el poderoso señor feudal pertenecían a la misma clase social; el principal enemigo de los barones poderosos, del monasterio y del caballero (aunque éste justificara el apodo de «pobre»), era el siervo, porque la «belicosa» conducta del siervo impedía a los señores de todos los rangos y calaña saquearle impunemente. Con todo, la lucha dentro de la clase feudal también tuvo una determinada importancia. Esa lucha era otro acicate, que forza-

ba a los grandes señores a buscar una salida a esta situación, provocada por los cambios socieconómicos del siglo XI.

Las crecientes contradicciones sociales en la sociedad feudal del siglo XI, agravadas por las malas cosechas, el hambre, el bandolerismo de la pequeña nobleza, los conflictos de los grandes feudales y de las agrupaciones de feudales entre sí, crearon una atmósfera de tensión sumamente peligrosa. Las obras de los escritores y las manifestaciones de los dignatarios eclesiásticos de la época abundan en quejas y preocupaciones ante las muestras de inestabilidad social. El abad francés Guiberto de Nogean escribe sobre «convulsiones en todo el reino de Francia». El monje germano Eckerhardo de Avrey habla de las muchas «circunstancias desfavorables» de la vida en las postrimerías del siglo XI: la «discordia social», el hambre y la enorme mortandad producida por las epidemias. Más tarde, el Papa Urbano II, en su discurso en el Concilio de Clermont, constataba afligido que «ni de día ni de noche hay seguridad contra los ladrones y los bandidos», y señala los desmanes de los que «hurtan los bienes ajenos» de los que «conculcan los derechos ajenos», de los que incendian y de los que «simpatizan con ellos».

Los intereses vitales de la clase dominante planteaban la necesidad de encontrar un medio que en primer lugar satisfaciera las crecientes demandas de los señores de tierras, de mano de obra sumisa, de dinero y de riquezas de toda clase, y en segundo lugar, que permitiera cambiar una situación que amenazaba a la propia clase dominante. Esa solución fue sugerida por la Iglesia católica.

La Iglesia católica, baluarte del régimen feudal. Política papal y primera expansión feudal de Occidente

En aquella época, la Iglesia católica era el mayor latifundista feudal. Sus altos dignatarios: los papas, cardenales, arzobispos, obispos y los abades, pertenecían a la nobleza feudal. Las iglesias y los conventos ampliaban continuamente sus posesiones. Mientras las propiedades de los feudales laicos tendían a reducirse, debido a la necesidad de dotar de tierras a los vasallos, en pago a sus servicios, las de los feudales eclesiásticos, en cambio, se ampliaban con las donaciones y legados, de los que querían lograr el perdón por «los pecados»; la Iglesia aceptaba de muy buen grado las abundantes donaciones de los reyes, príncipes y caballeros, comprometiéndose en cambio a orar por la salvación de sus almas.

La Iglesia, en su calidad de terrateniente feudal, explotaba despiadadamente a sus campesinos-siervos. Numerosos monasterios, como por ejemplo los del sur de Francia, hacía tiempo que se dedicaban al comercio. Los abades no desdeñaban los beneficios que proporcionaba la venta de vinos, de cereales y de otros productos que obtenían los monasterios con el trabajo de los siervos. Esa vinculación con el mercado impulsaba a los terratenientes eclesiásticos a sacar de sus campesinos el mayor provecho posible.

Pero la Iglesia católica, además de ser un importante propietario feudal, predicaba que el orden terrenal había sido instituido por Dios y por tanto no debía ser modificado; con ello ayudaba a la clase feudal a mantener sumisas a las masas trabajadoras.

De este modo, la Iglesia servía de baluarte al sistema feudal en general, en calidad de «máximo garante del orden feudal existente»[11]. Además, desempeñaba el papel de defensora de los opresores feudales no solamente dentro de los límites de determinados países de Europa Occidental; según Federico Engels, era «un gran centro internacional del sistema feudal»[12], que llevaba e implantaba su ideología religiosa por toda Europa occidental.

---

[11] F. Engels: «Las guerras campesinas en Alemania», Moscú, Gospolitizdat, 1952, pág. 34.
[12] C. Marx y F. Engels: «Obras escogidas», vol. II, Gospolitizdat, 1955, pág. 95.

También la política de la Iglesia católica estaba encaminada a la defensa activa del régimen feudal. Esa política obedecía tanto a los intereses inmediatos de la Iglesia en su condición de rico propietario feudal, como a las necesidades sociales y políticas de toda la clase dominante de Occidente. En el siglo XI el poder central estatal en los países europeos era sumamente precario. La Iglesia católica, cuya organización jerárquica le permitía llegar a todas partes, con su actividad contrarrestaba esa debilidad: ayudaba a los señores feudales a someter a la masa de los siervos (tanto en Francia como en Alemania y en Inglaterra como en Italia), y prestaba a la clase dominante apoyo de todo tipo, inclusive cuando esa clase feudal se disponía a ensanchar sus límites territoriales.

Cuando en los siglos X y XI comenzaron los siervos a sublevarse contra los señores, la Iglesia católica empezó a temer, ante todo, por sus propios bienes. Cuando la insurrección campesina se convirtió en amenaza para sus extensos dominios, las jerarquías eclesiásticas se apresuraron a tomar medidas.

La institución económicamente más poderosa de la Iglesia, los grandes impulsores de la ideología religiosa eran los monasterios. Ya en el siglo X ellos habían promovido una serie de transformaciones dentro de la Iglesia católica para fortalecer su posición moral y material, perfeccionar su organización y aumentar su poderío, haciendo de ella un vigoroso instrumento que contuviera a la masa de los siervos. El monasterio borgoñón de Cluny, fundado en 910, fue el que inició esa reorganización, de ahí que el proceso renovador de la Iglesia en el siglo X se llame *movimiento de Cluny*. Fue creada una organización centralizada de monasterios denominada Orden de Cluny. Posteriormente, a esta congregación se incorporaron centenares de conventos de distintos países. El jefe superior de la Orden era el Papa, que pasó a disponer de las enormes riquezas procedentes de las tierras monasteriales.

Con la implantación de las severas reglas monacales, la institución del celibato y otras reformas, los cluniacenses procuraban fortalecer el prestigio de la Iglesia ante la opinión pública. Al mismo tiempo, decidieron poner a raya a los elementos «rebeldes» de la masa campesina y a los señores que, persiguiendo su propio lucro, más abiertamente sacrificaban los intereses generales del feudalismo, concitando contra esa clase el odio del pueblo en general.

Para contener al campesinado y frenar la insubordinación de ciertos barones y caballeros, por iniciativa de Cluny se dispuso a fines del siglo X prohibir las hostilidades bélicas en determinados días de la semana («la paz divina» y «la tregua divina»), desde la tarde del miércoles hasta la mañana del lunes. La Iglesia calculaba aumentar así su prestigio entre el pueblo, como salvaguarda de la paz y enemiga de las irracionales y ruinosas guerras. Pero «las treguas divinas» no daban los resultados deseados, ya que no eliminaban las causas de las revueltas y de los disturbios que desgarraban a los países de Occidente. Se necesitaba renovar periódicamente los decretos sobre los días de «paz»: en la primera mitad del siglo XI, disposiciones de este tipo eran adoptadas por concilios y arzobispos de Francia cada diez años.

La Iglesia católica no se limitaba a las reformas: buscaba otros medios para preservar a la clase dominante del descontento de los campesinos oprimidos y salvar la propiedad feudal eclesiástica y la laica de la amenaza de la sublevación campesina, medios que acabaran con las insurrecciones de los siervos o cuando menos las redujeran al mínimo. Al mismo tiempo, había que ofrecer ciertas garantías a los grandes terratenientes, contra los desmanes y el bandolerismo de los segundones y a la vez contentar a la nobleza pobre. En fin, había que hallar la forma de conciliar los intereses de los caballeros pobres y de los magnates eclesiásticos y laicos.

La cuestión estaba en cómo y por cuenta de quién hacerlo. ¿Hacia dónde orientar las miradas de los campesinos ansiosos de tierra y de libertad, de modo que también se favoreciera la Iglesia y los demás feudales? ¿Hacia dónde encaminar a los

caballeros ávidos de propiedades y riquezas, y a los nobles que anhelaban ensanchar sus dominios?

La solución no se halló de inmediato; fue madurando durante decenios. Procurando armonizar los intereses de las distintas capas sociales —y favoreciendo en mayor grado a la clase feudal— las jerarquías de la Iglesia católica, con el papado como centro rector, tomaron en cuenta los más variados factores nacionales e internacionales. La solución del problema se buscaba no solamente en los medios eclesiásticos, sino también en determinados círculos de la nobleza feudal: el panorama histórico del siglo XI llevaba a unos y otros a la convergencia.

El primer aspecto a tomar en cuenta era la fuga en masa de los siervos, factor que damnificaba a todos los feudales. Los terratenientes eclesiásticos hacía tiempo que procuraban aprovechar en beneficio propio esa circunstancia, acogiendo a los campesinos fugados, concediéndoles asilo, y utilizándolos en la tala de bosques, para ampliar sus dominios[13]. Pero, aun así, no se libraban las propiedades de la Iglesia del peligro de una sublevación campesina, ni de otras amenazas. Tales medidas no podían acabar con el descontento de los campesinos.

Por otra parte, estaban los libres caballeros empobrecidos, que ya no se contentaban con el pillaje en sus propios países, y en el siglo XI emprendían campañas de conquista en otras naciones.

Desde el siglo XI los caballeros franceses se incorporaron a la reconquista de los territorios en poder de los árabes en España. Importantes destacamentos de caballeros y de barones feudales de Normandía y de Francia meridional cruzaban los Pirineos, atraídos por la posibilidad de lograr tierras y de enriquecerse con el saqueo en las ricas ciudades árabes. Primero fueron los del ducado de Aquitania y del condado de Tolosa, que en 1063-64 marcharon hacia el río Ebro, formando un ejército bastante grande al mando del duque Guillermo VIII de

[13] Esos campesinos prófugos, refugiados en los dominios eclesiásticos, se denominan en los documentos «huéspedes».

Aquitania. Los relatos de los que regresaron a Francia sobre el rico botín animaron a otros. Fueron organizadas nuevas campañas a España como la de 1073, conducida por el barón de la Champagna, Aiblem de Roussy (cuyo ejército sufrió un descalabro), y en el último cuarto del siglo XI la expedición de los señores y caballeros de Borgoña, que asumían un papel cada vez más activo en la reconquista. En la toma de Toledo en 1085 por el rey Alfonso VI participaron, junto a los caballeros españoles, los franceses y los alemanes.

En 1087, después de la derrota infligida a Alfonso VI de Castilla por el sultán almorávide Yusuf Ibn-Tafin (en octubre de 1086), en Francia se formó otro fuerte ejército feudal, encabezado por el duque Ed de Borgoña y el conde Raimundo de Tolosa, que posteriormente participó en la cruzada de Jerusalén. Los resultados de esa empresa, aparte de los actos de bandolerismo, fueron nulos[14]. En la guerra contra los árabes intervenían, además de los caballeros y los príncipes belicosos, los campesinos. Esas expediciones se hacían más numerosas y no era sólo España la que atría a los pequeños y grandes feudales.

En 1016, los normandos, descendientes de escandinavos, se lanzaron a la conquista de las fértiles tierras de Italia meridional. Después de vencer a árabes y bizantinos, fundaron allí una serie de principados feudales. En 1066, Inglaterra fue conquistada y devastada por las belicosas huestes normandas. En 1071, los normandos se apoderaron de Sicilia. Todo el siglo XI es pródigo en correrías de destacamentos de caballeros por todos los confines del mundo conocido. Para cualquier guerra, siempre se encontraban muchos voluntarios dispuestos a participar atraídos por los trofeos. Los mílites, cuyo único medio de vida era la espada, se mostraban dispuestos a luchar en cualquier parte y por cualquier causa.

[14] Interesantes datos sobre la participación de los franceses en la Reconquista están reunidos en la obra del historiador francés A. Défourneaux: «Les français en Espagne au XI et XII siècles», París, 1949.

Todas esas acciones por fuerza atraían la atención de la Iglesia, tan preocupada por la situación de los terratenientes feudales, y por aumentar su propio poderío. Los monjes borgoñeses de Cluny se convirtieron en el siglo XI en enérgicos propagandistas de la incorporación de los feudales franceses a la reconquista de España; el papado, por su parte, aprobó la intervención de los franceses[15]. Los papas veían en la reconquista un medio apropiado para resolver los problemas más acuciantes.

La curia romana utilizaba cada vez más las formas pasivas de lucha campesina por una vida mejor, la fuga, el «sacrificio» religioso, etc. la Iglesia buscaba el control de esos movimientos, a fin de darles un carácter más «organizado» para neutralizar la lucha antifeudal de la masa campesina. Estimulando su participación en la Reconquista, los dirigentes de la Iglesia católica lograban dos propósitos:

1. Llevaban la propuesta campesina contra la opresión feudal por un cauce bastante seguro para la clase dominante: las propiedades de las jerarquías laicas y eclesiásticas se libraban en cierta medida de los segundones rebeldes.

2. El movimiento campesino se encaminaba en favor de los jefes eclesiásticos y de los señores feudales, que ansiaban obtener ventajas en España.

Al mismo tiempo, el papado, aprobando la participación en la Reconquista de los caballeros europeos, indicándoles un campo de acción «más propicio», situaba a los más belicosos en las zonas periféricas del mundo feudal.

La curia romana apoyaba las expediciones francesas contra los árabes en España y procuraba aumentar el entusiasmo bélico en Francia, rodeando a los expedicionarios con una aureola de «martirio» por la fe.

Los dirigentes de Cluny declararon sagradas las guerras contra los árabes-musulmanes en España. El Papa Alejandro II,

[15] P. David: «Etudes historiques sur la Galice et le Portugal du VI-e au XII-e siècles», Lisbonne et Paris, 1947, pág. 317 («La papauté et la reçonquête»); Déforneaux; ob. cit., pág. 18.

que bendijo la campaña de 1063-64, concedió la absolución a todos los que lucharan por la «causa de la cruz». Gregorio VII, uno de los más destacados reformistas de Cluny, a la semana de ser elegido exhortó (para fines de abril de 1073) a los franceses a emprender una expedición a España: les fue anunciado que podían apoderarse de las tierras que quitaran a los «infieles», siempre que reconociesen la soberanía de la sede apostólica sobre los territorios conquistados. En su carta a los príncipes que se dirigían a España, Gregorio VII recuerda ante todo que «el reino de España, aunque ocupado actualmente por paganos, pertenece únicamente a la sede apostólica», y nuevamente otorgaba la absolución a todos los que cayeran combatiendo contra los «infieles». El papado se incorporó con mayor energía a la causa de la Reconquista, llamando a los franceses a realizar hazañas y sacrificios «por la gloria de Dios». Se puede decir que las expediciones militares de los caballeros franceses (con participación de los campesinos) constituían en realidad «cruzadas precruzadas». Marx consideraba la campaña de Alfonso VI de Castilla contra Toledo (en 1085) como «el preludio de la primera cruzada»[16].

El papado también sostenía y utilizaba con fines políticos las expediciones normandas en Italia meridional. Los destacamentos normandos se establecieron en la Italia bizantina con la bendición del Papa Nicolás II. Roberto Guiscard, capitán de los conquistadores normandos, nombrado duque de Apulia y de Calabria, en 1059 rindió homenaje al Papa como su soberano; comprometiéndose a pagarle un tributo anual y a prestarle apoyo militar. Como vasallo de la Santa Sede, Roberto Guiscard asumió también la obligación de defender el nuevo sistema de elección del Papa, introducido en 1059[17]. El jefe nor-

[16] C. Marx: «Notas cronológicas», «Arjiv Marksa i Engelsa», vol. VII, pág. 93.

[17] Hasta mediados del siglo XI, en la elección papal intervinieron directamente los emperadores del Sacro Imperio Romano y otros feudales, lo que menoscababa la autoridad papal. El Concilio de Letrán de 1059, convocado por el Papa de Cluny, Nicolás II, estableció la elección papal por el Colegio Cardenalicio sin la injerencia del emperador.

mando puso a disposición del Papa no sólo las regiones de Italia meridional, sino también Sicilia, aún por conquistar. El Papa aprobó la conquista de Sicilia, igual que apoyara a los caballeros normandos de Guillermo el Bastardo, que se apoderaron de Inglaterra en 1066.

Finalmente, en el siglo XI se extiende un movimiento socialmente muy heterogéneo: el peregrinaje a Jerusalén desde Europa occidental. Sin duda alguna, este movimiento desempeñó un papel en la preparación de las cruzadas y facilitó al papado la formulación del programa que satisfaciera a todos los feudales y recogiera los afanes contradictorios de las diferentes clases y grupos sociales.

Los historiadores burgueses son casi unánimes en afirmar que las peregrinaciones tenían un sentido exclusivamente religioso. El historiador inglés St. Runciman, que en la primera parte de su *Historia de las cruzadas,* en tres tomos, dedica un capítulo entero a los «peregrinos de Cristo», manifiesta, en la línea de Michaud, que a los peregrinos les movía un solo deseo piadoso; pasar la tierra donde nació, sufrió y murió Cristo, contemplar las reliquias sagradas y ponerse en contacto místico con Dios y con sus santos[18]. La realidad era bien distinta. En las peregrinaciones a la «ciudad santa», que a fines del siglo XI se hicieron frecuentes, participaban gentes de distintos países y condición social. Entre los peregrinos estaban los feudales de Francia, España, Inglaterra y otros países (los condes de Tolosa, de Anjou, de Barcelona, Conrado de Luxemburgo en 1085, Roberto de Flandes en 1088, los condes de Holanda, de Kent, el duque de Normandía). Para estas personas los móviles religiosos tenían cierta importancia, en ocasiones mucha, pero las razones que impulsaban a los grandes feudales a emprender viajes a ultramar eran con frecuencia las que en su patria les convertían en despiadados tiranos con sus siervos: las ansias de riqueza, el deseo de adquirir los objetos suntuosos que solamente se conseguían en Oriente. Jerusalén era un importante centro comercial entre Occidente y Oriente. A los grandes señores se unían muchos segundones «sin tierra» y «desheredados», dispuestos a mejorar su situación y a «obtener el perdón» de los crímenes cometidos en su país. También participaban en las peregrinaciones un número considerable de campesinos y gentes de baja condición de las ciudades y pueblos. Para los siervos, el peregrinaje era un sacrificio religioso y una forma de «expiar los pecados». Ya dijimos que la devoción fue, en efecto, la expresión religiosa de las ansias de libertad de la masa de siervos. En consecuencia, hay motivos para ver el peregrinaje de la gente del pueblo una forma de resistencia pasiva de la clase campesina a la opresión feudal. El cronista borgoñés Radulfo Glaber observa que en un principio se dirigían a Jerusalén los pobres; luego, las personas de posición mediana, y finalmente los ricos y los reyes.

Pero es evidente que las peregrinaciones ofrecían una solución muy limitada a los sentimientos antifeudales de los pobres. Ese camino lo emprendían centenares, raramente miles de personas. El movimiento más importante de ese tipo tuvo lugar en 1064-65, cuando se dirigieron a Jerusalén siete mil (según otras fuentes, trece mil) peregrinos alemanes e ingleses conducidos por el arzobispo Sigfrido de Maguncia y por el abad Ingulfo de Croyland[19]. El historiador francés Ives Le Febvre calificó a esa peregrinación como un «prólogo de la cruzada»[20].

El papado no podía desentenderse de los movimientos de esta clase, tanto más que ofrecían un evidente carácter religioso y transcurrían bajo la bandera de la religión. Los altos dignatarios del clero católico tomaban parte en esas peregrinaciones. En el transcurso del siglo XI visitaron Jerusalén los obispos italianos y franceses (Tierry, obispo de Verdún; Pibon, obispo

[18] St. Runciman: «A history of the crusades», vol. I, Cambridge, 1951, pág. 44.

[19] La mayoría de los peregrinos perecieron en el camino, antes de alcanzar su destino.

[20] I. Le Febvre: Ob. cit., pág. 55.

de Toul), los alemanes, los suecos (en 1086 el obispo Roskild) y los prelados ingleses. Para ellos, el peregrinaje fue una forma de elevar el prestigio de la Iglesia ante los fieles, uno de los principales propósitos de los reformadores eclesiásticos de la época. Con todo, los jerarcas de la Iglesia tampoco fueron ajenos a los objetivos mercantiles de las peregrinaciones.

Así, pues, varias décadas antes del comienzo de las cruzadas hacia Oriente, la Iglesia católica fue, por así decir, buscando las vías de solución del principal problema planteado ante ella, en su condición de «centro internacional del sistema feudal», por el desarrollo social de Occidente.

En esos años la Iglesia hizo una revisión de los métodos que se disponía a utilizar. Por ejemplo, el fracaso de los franceses en España fue evidente. Los feudales locales se resistían a compartir con sus «aliados» tierras y riquezas. Los continuos conflictos entre los feudales franceses y españoles[21] hacían peligrar tanto los propósitos de la nobleza francesa como los planes del papado con respecto a España. Ello se hizo evidente a fines del siglo IX. Pero ya entonces la Iglesia católica ofrecía un nuevo objetivo hacia el cual orientar las divergentes aspiraciones de los feudales y de los campesinos. Y la Iglesia logró la convergencia de movimientos tan variados en su esencia, que permitían asegurar sus propios intereses y los de la clase feudal en su conjunto. El objetivo y los medios para alcanzarlo fueron determinados por la situación internacional, bruscamente alterada en la segunda mitad del siglo XI.

El programa papal de una monarquía teocrática. Primeros esbozos del plan de la cruzada

La congregación de Cluny, encabezada por los papas, y las reformas eclesiásticas internas, contribuyeron al fortalecimiento del papado. La curia romana se convirtió en el único centro organizador y unificador de las dispersas fuerzas de la clase dominante. Desde la época de Gregorio VII (1073-1085), el papado manifestó con insistencia su deseo de supremacía no sólo sobre la Iglesia cristiana (pretensiones que obedecían al propósito de fortalecer aún más la posición lograda con el movimiento de Cluny), sino también sobre los jefes de Estado laicos. Gregorio VII formuló una especia de programa de dominio «ecuménico» de los papas. Según ese programa, los príncipes y los reyes eran meros vasallos del trono romano; el Papa dispondría de las coronas, designaría y sustituiría a los duques, reyes y emperadores igual que hacía con los obispos. Todo poder sería válido en tanto procediera del jefe de la Iglesia. Tenía que ser así porque Dios «dio poder a San Pedro para concordar y absolver tanto en los cielos como en la tierra», escribía Gregorio VII al arzobispo Germán de Metz en 1076.

Gregorio VII concibió el plan de un estado mundial con el Papa como soberano ilimitado. Esa monarquía teocrática[22] integraría a la totalidad de los países «cristianos».

Gregorio VII fue más allá de las formulaciones teológicas, teóricas y abstractas, e hizo tentativas para aplicar esas ideas de dominio papal en el mundo, reñidas con el desarrollo histórico. Gregorio VII estaba empeñado en someter al rey de Inglaterra, Guillermo el Conquistador. El Papa le escribía: «Debes de obedecerme sin vacilar, para que puedas heredar el reino de los cielos». Exigía, asimismo, al rey de Francia Felipe I que se abstuviera de intervenir en los asuntos de la Iglesia: el Papa era el encargado de designar en Francia a los obispos; si el rey no le obedeciera, «los franceses, alcanzados por la espada de la anatema, negarán en adelante obediencia al rey». Al rey de Hungría Heyse I, el Papa le expresaba que «el reino húngaro pertenece a la Santa Sede». En Polonia, excomulgó al

[21] Al. Défourneaux: Ob. cit. pág. 145.

[22] La teocracia en griego —dominio de Dios— es un régimen estatal donde ejerce el gobierno el clero.

rey Boleslav II. Consideraba a España un feudo de San Pedro. Hasta en la lejana Rusia intentó el Papa establecer su dominio: aprovechando las divergencias entre los príncipes de Kiev, otorgó en 1075 el poder sobre Rusia al príncipe Iziaslav, que, expulsado de su patria, rindió homenaje al Papa y se comprometió, en el caso de conseguir el trono de Kiev, a convertir el país en feudo de la sede apostólica.[23]

Gregorio VII se proponía seriamente que todos los «reyes cristianos» aceptaran su vasallaje, que les obligaría a pagar un tributo anual al tesoro papal.

El más prolongado y tenso fue el choque de la Santa Sede con emperadores del Sacro Imperio Romano, que devino prolongado conflicto entre distintas agrupaciones feudales de Alemania e Italia (en la Historia figura, no del todo correctamente, como la «lucha del papado contra el imperio» o la de «guerra de las investiduras»). La lucha prosiguió con los sucesores de Gregorio VII.

De este modo, los papas surgidos del movimiento de Cluny actuaban en el siglo XI como «césares investidos de supremo sacerdote», según la acertada expresión del historiador alemán W. Norden. La dominación y el poder se convirtieron en lema de los papas[24]. Todo ello, por supuesto, no obedecía a ambiciones personales ni a las ansias de poder de tal o cual Papa; sus causas eran mucho más profundas. Las ambiciones políticas de los «representantes de San Pedro», las tentativas de crear una teocracia papal «ecuménica», fueron sólo manifestaciones e indicios externos de la importancia adquirida por la Iglesia católica romana y su centro, la curia papal, en la Europa del siglo XI. Hacia la segunda mitad de ese siglo, es decir, en los momentos más graves de la lucha social en Occidente, la Iglesia católica resultó ser la organización feudal más potente y más centralizada. Esta posición hacía de ella una fuerza directamente interesada en el máximo fortalecimiento del régimen feudal. El papado pretendía algo más que defender los intereses materiales de la Iglesia: ser también el centro aglutinador de las desperdigadas fuerzas feudales. Ello explica las pretensiones «ecuménicas» de Roma, que no constituían un objetivo en sí mismo, sino más bien un medio para lograr el pleno fortalecimiento del régimen y de la propiedad feudal frente a las discordias que desgarraban a Occidente en el siglo XI.

[23] B. D. Grekov: «La Rus de Kiev». Gospolitizdat, 1953, pág. 496.
[24] W. Norden: «Papsttum und Byzanz», Berlín, 1903, pág. 56.

Una parte esencial de ese programa lo constituía el empeño del papado de liquidar la independencia de la Iglesia oriental, greco-ortodoxa[25]. Precisamente en relación con esos propósitos se perfilaron las primeras previsiones del plan para organizar una campaña de conquista del Oriente. Dicho plan fue propuesto, claro está, por Gregorio VII. Su objetivo inmediato era colocar a la Iglesia ortodoxa bajo el dominio de la sede apostólica, para luego someter al propio Imperio bizantino. Ello incrementaría sensiblemente el poderío económico de la Iglesia católica romana y facilitaría al papado la ejecución de su programa universalista en Occidente, particularmente la creación del Sacro Imperio Romano.

Para poner en práctica esos ambiciosos planes, el papado se valió de los cambios de la situación internacional al comienzo de los años setenta del siglo XI, que habían deteriorado sensiblemente la situación de Bizancio.

La heredera del Imperio romano en Oriente había perdido hacía tiempo gran parte de sus antiguas posesiones. La base territorial del Imperio bizantino la constituían ahora principal-

[25] La escisión definitiva («cisma») de las Iglesias, es decir, la formación de la Iglesia católica romana y de la Iglesia ortodoxa griega, debida a los diferentes destinos políticos y sociales de los países que integraban los Imperios romanos, Oriental y Occidental, tuvo lugar en 1054. Las divergencias dogmáticas y rituales entre la Iglesia «latina» y la «griega» fueron insignificantes, a pesar de que precisamente ellas fueron desde el principio origen de encarnizadas polémicas entre los teólogos y los eclesiásticos de Occidente y Oriente. En esas disputas siempre se reflejaron las contradicciones políticas y los intereses de determinados sectores de la sociedad feudal de Occidente («latina») y Bizancio («ortodoxa»), y en particular las contradicciones originadas por el afán de ambas partes de imponer su dominio a los países eslavos del sur y del este.

mente los Balcanes y el Asia Menor. Pero mantener esas posesiones también se hacía cada vez más difícil. No obstante, las ciudades bizantinas desempeñaban un importante papel en el comercio mediterráneo y concentraban, particularmente Constantinopla, importantes riquezas. A mediados del siglo XI los dominios de Bizancio comenzaron a ser hostigados por los pechenegos, tribus nómadas de raza turca que se habían apoderado de las enormes estepas de Europa oriental, entre el Danubio inferior y el Dnieper, y al este del mismo río. Desde 1048, los kanes devastaron Bulgaria, Macedonia y Tracia, llegaron hasta Adrianópolis y amenazaron a la propia capital, Constantinopla. A comienzos de los años cincuenta del siglo XI Bizancio ahuyentó el peligro desplazando a los pechenegos de los límites de Tracia y Macedonia; en su lugar aparecieron otros nómadas: los oguztorkas y los polovianos. El peligro de las incursiones de los nómadas esteparios tuvo en jaque durante muchos años al Imperio.

Más peligrosas aún para el Imperio fueron las incursiones de las tribus nómadas turcas de los selyúcidas, llegadas del Asia Central. En los años cuarenta del siglo XI, los selyúcidas se apoderaron de las regiones del sur del mar Caspio, del Irán occidental y central, y en 1055, después de conquistar Mesopotamia, ocuparon Bagdad, capital del otrora poderoso califato de los Abasidas. Los selyúcidas no se limitaron a esas conquistas. Durante el reinado del sultán Alp-Arslan (1063-1072) invadieron Armenia, cuya mayor parte se hallaba dominada por Bizancio; combatieron contra Georgia y, en número siempre creciente, penetraban en las provincias bizantinas de Capadocia y Frigia, en el Asia Menor.

El pánico cundió en Bizancio. Del peligro selyúcida salió favorecido, en la lucha de los partidos feudales, el «partido militar» de las dinastías del Asia Menor. La corona del Imperio cayó en poder del relevante jefe militar Román IV Diógenes (1068-1071), quien procuró detener el avance de los selyúcidas. Pero, aun en ese crítico momento para Bizancio, las

clases dominantes colocaban en primer lugar sus propios intereses. En la corte de Román IV anidaba la traición. Los espías proporcionaban noticias totalmente falsas sobre las fuerzas del adversario. Los jefes militares carecían de moral y la tropa de disciplina. En 1071, en el combate de Manazquerta, al norte del lago Van (en Armenia), el ejército bizantino sufrió un terrible descalabro. Román IV cayó prisionero. Mientras tanto, en Constantinopla subía al trono Miguel VII Duca, protegido de la burocracia de la capital. Los bizantinos se negaron incluso a abonar el rescate por su emperador cautivo. Este fue puesto en libertad bajo palabra de honor por Alp-Arslam, pero al regresar a Bizancio, Román IV cayó en manos de los partidarios del nuevo emperador, que le cegaron, según la costumbre bizantina, y le recluyeron en una mazmorra.

A consecuencia del catastrófico revés de Manazquerta, Bizancio fue privado de sus ricas provincias del Asia Menor, aunque conservó algunas ciudades costeras en el oeste de la península. Según un historiador, ahora desde las ventas del palacio imperial de Constantinopla se podían ver al este las montañas, que ya no pertenecían al Imperio. Bizancio fue rápidamente presa del conquistador principalmente porque el régimen social de los selyúcidas significaba cierto alivio para las masas de campesinos siervos del Asia Menor, extenuadas por los gravámenes que les imponía la nobleza feudal bizantina y por los onerosos impuestos estatales[26]. Los selyúcidas, en cambio, recién estrenaban las relaciones feudales.

Las consecuencias de la derrota de Manazquerta fueron catastróficos para las clases dominantes bizantinas: la mitad del Imperio quedó en manos de los selyúcidas, mientras la otra se debatía en la anarquía más absoluta. La nobleza feudal con frecuencia se sublevaba contra Constantinopla en apoyo de sus candidatos al trono imperial. El Estado se desintegraba en feudos semiindependientes.

---

[26] M. V. Levchenko: «Historia de Bizancio», M., 1940, pág. 196.

El Papa Gregorio VII quiso valerse de todas esas circunstancias para poner al Imperio oriental bajo la influencia de Roma. Debilitado por la lucha con los selyúcidas y por los desórdenes internos, Bizancio sería presa fácil.

Al comienzo, Gregorio VII recurrió a la diplomacia: en 1073 inició negociaciones con Miguel VII Duca para «renovar la antigua armonía, establecida por Dios —escribía en el verano de 1073 al emperador bizantino—, y la amistad entre las iglesias de Roma y de Constantinopla». El Papa quería imponer a Bizancio la unión de las iglesias bajo la condición de un total sometimiento de la Iglesia griega a Roma. Sin embargo, las excesivas exigencias de Gregorio VII en el curso de las negociaciones encontraron en Constantinopla una dura oposición. Fue entonces cuando el Papa concibió la idea de lograr sus propósitos por la fuerza, mediante una campaña militar contra Bizancio, pero ocultando los verdaderos propósitos bajo consignas de defensa de la cristiandad y de ayuda a los griegos contra los musulmanes-selyúcidas.

¿Por qué no intentar en el este lo que no se consiguió en el oeste (en España)? ¿Por qué no enviar a Constantinopla a los caballeros segundones fracasados en la Reconquista de España, y con ellos a los campesinos «rebeldes» con indudable beneficio para el trono papal?

En 1074, pocos meses después del comienzo de las negociaciones diplomáticas con Constantinopla, Gregorio VII dirigió un llamamiento «a todos los fieles de San Pedro»: al conde Guillermo I de Borgoña, al emperador Enrique IV —posteriormente su mayor enemigo—, a la condesa Matilde de Toscana, incitándoles a participar en su proyectada guerra contra Oriente. El Papa llamaba a proteger a la Iglesia oriental y prometía recompensas celestiales para los que combatieran a los herejes. «Luchad con valor —exhortaba el Papa a los fieles— para ganar la gloria celestial que colmará todas vuestras esperanzas. Tenéis la oportunidad de lograr con poco esfuerzo la dicha eterna.»

Tal vez el llamamiento de Gregorio VII tuviera repercusión entre los destinatarios. Por lo menos, a fines de 1074, el mismo Papa aseguraba a Enrique IV que había logrado reunir un ejército de más de 50.000 hombres (italianos y ultramontanos, es decir, franceses) para allende el mar llevar a cabo su empresa contra los paganos. Cabe suponer que varios magnates feudales de Francia meridional y de Italia, como los condes Guillermo de Borgoña y Raimundo de Tolosa, apoyaban al Papa, y que ya en 1067 juraron al Papa Alejandro II que acudirían con sus fuerzas armadas en «defensa de la causa de San Pedro».

Gregorio VII confería enorme importancia a su empresa. En sus cartas, él, en más de una ocasión, confirma su propósito de «dirigirse a ultramar» al frente del ejército cristiano occidental. La idea del Papa era muy sencilla: presentar como objetivo de la campaña la ayuda a los hermanos en la fe y la salvación de los cristianos-griegos frente a los «infieles»[27]. Tal proyecto debía de encontrar la favorable acogida de los caballeros y de la masa campesina de Occidente, es decir, de los estratos que con la venia del Papa ya habían combatido a los árabes en España bajo las banderas de la religión. «Confío —escribe el Papa a Matilde de Toscana— en esta empresa: cuento con el apoyo de numerosos caballeros.»

En realidad, las consignas sobre la defensa de la fe cristiana pretendían encubrir las verdaderas intenciones de Roma, que no eran la salvación del «cristianismo» oriental, cosa que, por otra parte, nadie había solicitado. Los intereses religiosos a los que el Papa aludía en los llamamientos a Occidente en realidad no pesaban mucho en la ideología de este político eclesiástico. En su correspondencia, Gregorio VII no insistía en las diferencias ideológicas básicas entre la religión cristiana y la musulmana, si así convenía a los intereses políticos de Roma. En

[27] Aunque también es probable que Gregorio VII estuviera dispuesto a ir mucho más allá de Constantinopla, porque escribía a Enrique IV un tanto de paso, que su propósito era combatir «a mano armada a los enemigos del Señor y de llegar, conducidos por Dios, al Santo Sepulcro», a Jerusalén.

1076, Gregorio VII escribía con toda franqueza al príncipe Al-Nasir, de Argel: «Nosotros y vosotros adoramos igualmente a Dios y santificamos a diario su nombre como Padre celestial y Supremo hacedor».

Devolver la Iglesia griega al seno de la romana o, dicho de otro modo, apoderarse de las riquezas de la Iglesia ortodoxa griega, extender la influencia católica a Bizancio, incluyéndolo por la fuerza en la órbita papal; tales eran los propósitos inmediatos de Gregorio VII. En sus cartas, el Papa afirmaba que «hubiera deseado entregar su vida» por sus hermanos griegos de ultramar. Lo que menos le importaba eran esos «hermanos». Su propósito era establecer la unión de las iglesias bajo su dominio para manejar los ingresos de la Iglesia católica y de la Iglesia ortodoxa-griega.

Para llevar a cabo esos ambiciones planes políticos el dinero no era lo último. Gregorio VII se hallaba estrechamente vinculado a los usureros y cambistas romanos. En 1074 intervino enérgicamente en defensa de los mercaderes italianos despojados por el rey de Francia, Felipe I, en la feria de Saint Denis, y dos años después prestó protección a los mercaderes romanos que viajaron con fines comerciales a Bougie, en el norte de Africa, en los dominios de Al-Nasir.[28].

El papado estaba particularmente interesado en el comercio con Oriente. Para llegar a los sentimientos de los creyentes más propensos a «la subversión» y a la desobediencia se necesitaban grandes recursos. En los siglos X y XI el culto católico se hizo más fastuoso, lo cual incrementó los gastos de la Iglesia. En Roma aumentó la demanda de mercancías orientales, ya que la industria en Europa occidental, poco desarrollada, no podía satisfacer las crecientes necesidades en objetos de culto, ornamentos, ungüentos, perfumes, esencias, incienso, etc. Incluso algunos historiadores burgueses modernos (R. S.

[28] R. S. Lopes: «Le facteur économique dans la politique africaine des papes». *Revue historique*, t. CXCVIII, 1947, pág. 180.

Lopes) estiman que la política de Gregorio VII estaba determinada en general por los intereses materiales[29].

Los piadosos llamamientos a Gregorio VII a «los fieles de San Pedro», formulados en 1074, eran un anticipo de los lemas de la futura cruzada. La actividad de Gregorio VII, que a mediados de los años setenta del siglo XI pretendía organizar una guerra de caballeros con el pretexto de «defender a Bizancio», sirvió de punto de partida para el ambicioso plan de conquista del Oriente, elaborado en la curia papal de acuerdo a la política teocrática de «los césares vestidos de supremos sacerdotes».

Gregorio VII no llegó a realizar sus propósitos. Los asuntos occidentales distrajeron por mucho tiempo su atención de Bizancio. Pero nunca descartó esa posibilidad. Tras la derrota de Miguel VII en 1078, Bizancio volvió a ser escenario de luchas entre los partidos feudales. Esa circunstancia fue aprovechada por Roberto Guiscard, quien invadió las posesiones italianas del Imperio bizantino. En el verano de 1080, Gregorio VII dio su bendición a Roberto Guiscard para la guerra de Bizancio. A demanda del Papa, el clero católico de Italia meridional llamó a los caballeros a unirse a Guiscard, prometiéndoles la «absolución de pecados». En 1081 los normandos penetraron en la península balcánica, sitiaron y tomaron la fortaleza marítima de Durazzo (en el Epiro) y penetraron en el interior del país. Los habitantes de cada lugar conquistado eran obligados a convertirse al catolicismo. Gregorio VII aplaudió el éxito de sus vasallos y felicitó al jefe de los normandos, recordándole que la principal causa de su victoria había sido la protección de San Pedro. En los años posteriores la lucha contra Enrique IV absorbió por completo a Gregorio VII.

El plan de la campaña militar contra Oriente, trazado por el papado en los años setenta del siglo XI, fue desarrollado por los sucesores de Gregorio VII. En los últimos decenios de esa

[29] Id., íd.

centuria la situación política de los países del Mediterráneo oriental era favorable a los propósitos de la curia romana.

Simultáneamente, con la conquista del Asia Menor, los selyúcidas se apoderaron de Siria y Palestina. En 1071 tomaron Jerusalén, bajo dominio del califato egipcio de los fatimidas. En 1084, el caudillo selyúcida Suleiman Ibn-Kutlumush se apoderó de Antioquía, privando a Bizancio de esa importante y estratégica ciudad del Mediterráneo oriental. También fueron conquistadas Damasco y otras ciudades sirias. Durante el reinado de Malik-shaj (1072-1092), la mayor parte de Siria y Palestina pasó a dominio de los selyúcidas.

Pese a la magnitud de los territorios conquistados, éstos no dieron origen a un Estado centralizado. Tal Estado existía nominalmente, pero en realidad era un precario conglomerado de muchos principados semiindependientes. La más importante de las posesiones de los selyúcidas era el sultanato de Rumi (o Romea), en Asia Menor (denominado así porque sus sultanes se decían «herederos» del Imperio Romano de Oriente), con centro primero en Nicea y luego en Conia (Iconium)[30]. En vida de Malik-shaj ese conglomerado de distintos principados conservó una relativa unidad política, pero después de 1092 esa débil unión se desintegró; las guerras intestinas entre los pequeños y los grandes príncipes fueron disgregando el Estado de los selyúcidas.

Mucho tiempo después de las cruzadas, los cronistas occidentales inventaron distintas leyendas sobre la persecución que sufrían los cristianos en los países orientales por parte de los selyúcidas; afirmaban que los «paganos profanaban los santuarios cristianos y mostraban su hostilidad hacia los peregrinos que iban a Jerusalén». Los historiadores de tiempos posteriores adornaron esas leyendas con nuevos detalles. Después, y durante nueve siglos y medio, los numerosos autores de «historias» de las cruzadas repitieron que la conquista por los selyúcidas del Cercano Oriente fue el motivo, o la causa directa, del «peregrinaje armado» a Jerusalén, que inició Occidente a fines del siglo XI: los selyúcidas amenazaban a la «cristiandad» y ello obligó a intervenir a los piadosos católicos guiados por el papado.

[30] Romen: Denominación griega de los romanos; así se autodenominaban los bizantinos.

Todavía hoy algunos señalan éstas como las causas inmediatas de las cruzadas. Las investigaciones han disipado poco a poco la fantástica mentira que durante siglos envolvió la prehistoria de las cruzadas. El orientalista francés Claude Cahen ha demostrado que los selyúcidas (y sus antecesores, los árabes) carecían por completo del intolerante fanatismo religioso y que la situación de la población cristiana de Siria, Palestina y Asia Menor, conquistadas por los turcos, en el aspecto religioso no empeoró. Con respecto a otras creencias, los selyúcidas proseguían la misma política tolerante establecida en la época del dominio árabe. Antioquía siguió siendo sede del patriarca ortodoxo; otro patriarca recibió permiso para residir en Jerusalén. Los selyúcidas no ejercieron una opresión más o menos seria por motivos religiosos y fiscales ejercidas por la Iglesia bizantina contra la mayoría de la población cristiana monofisita, nestoriana, copta, etc.[31]. Es significativo que los habitantes de los países del Mediterráneo oriental jamás buscaran protección contra las supuestas persecuciones selyúcidas, jamás pidieron ayuda a Occidente ni a Bizancio. Ninguna crónica antigua recoge ningún deseo de «librarse» de los «paganos, opresores de la fe cristiana».

Los peregrinos de Occidente podían visitar, como antes, Jerusalén sin sufrir ofensas de los gobernadores selyúcidas. Por visitar la «ciudad santa» todos los peregrinos pagaban un tributo, pero éste era similar al que cobraban las autoridades bizantinas en Constantinopla. En Jerusalén, dos posadas se-

[31] Cl. Cahen: «Notes sur l'histoire des croisades et de l'Orient latin». *Bulletin de la faculté des lettres de l'Université de Strasbourg*, 1950, núm. 2, pág. 121.

guían abiertas,mantenidas por los italianos de Amalfi. También se conservaba intacto el lugar vacío que los cristianos denominaban «santo sepulcro». El único cambio fue que los peregrinos tuvieron que sustituir la ruta terrestre por la marítima, porque la anarquía reinante en Asia Menor dificultaba los viajes a Jerusalén por tierra. Pero este hecho tampoco revela la supuesta intolerancia religiosa de los selyúcidas.

Los relatos sobre los «martirios» ocasionados por los musulmanes a los cristianos orientales en tiempos de los selyúcidas, sobre las dificultades al peregrinaje, etc., fueron meras invenciones de los escritores eclesiásticos bizantinos y occidentales de épocas posteriores[32]. Fueron divulgados rumores sobre atrocidades cometidas contra los cristianos, con el fin puramente político de reclamar la incorporación desde Occidente de nuevos contingentes militares para la defensa de los santuarios cristianos amenazados por los «infieles»[33].

Así, pues, la presunta persecución de cristianos por parte de los selyúcidas no servía de pretexto formal para una expedición militar en defensa de la fe y de los santuarios cristianos. Sin embargo, la conquista del Cercano Oriente, y en particular de Jerusalén por los selyúcidas sirvió al papado de excusa para encender en Occidente el odio religioso hacia los «infieles». ¿Qué otro pretexto podía esgrimirse? ¿Acaso las conquistas selyúcidas habían perjudicado el comercio de las ciudades italianas con Oriente? Ningún hecho confirma esta hipótesis. Al contrario, los selyúcidas se posesionaron solamente de unos

[32] Sobre todo está plagada de esas especies la «Historia» de Guillermo de Tiro, escrita decenas de años después de comenzadas las cruzadas.

[33] Los datos reunidos por Cl. Cahen refutan de forma convincente las ficciones de los cronistas de los siglos XII y XIII y revisan las ideas tradicionales sobre las causas inmediatas de las cruzadas. Es interesante que las conclusiones del historiador francés (que resumió en el Congreso Internacional de Historiadores de Roma, en su informe «El Islam y las cruzadas», «Relazioni», vol. III, págs. 625-626) concuerdan en cierto grado con las tesis de la historiografía soviética de que la población de los países del Cercano Oriente vio en los selyúcidas, con un sistema social más primitivo, a sus liberadores del yugo bizantino.

pocos puertos en las costas de Siria y Palestina, a los que seguían arribando los comerciantes de Venecia y de Amalfi[34].

Para convencer a Occidente de la necesidad de una «guerra santa» contra los musulmanes, los pontífices romanos recurrieron a una propaganda falsa: propalaban rumores sobre las persecuciones religiosas, abultaban los mínimos percances ocurridos a los peregrinos, inevitables en las condiciones de anarquía en la época de la conquista del Cercano Oriente por los selyúcidas.

La invasión de los selyúcidas sirvió de pretexto para la guerra religiosa de Occidente contra Oriente sólo en la medida en que esa invasión dañó a Bizancio, desde hacía tiempo objetivo apetecido de la curia romana. El papado vio la oportunidad de poner en práctica sus antiguos planes de conquistar Bizancio. La posterior expansión selyúcida brindaba a la curia romana la gran ocasión para desplegar su programa de expansión, amparándose en los notorios infundios sobre la amenaza selyúcida a la «cristiandad».

Los planes de Gregorio VII fueron resucitados y ampliados por su segundo sucesor, el Papa Urbano II (1088-1099). Este, a los planes con respecto a Bizancio, añadió otros, que pretendían que todo el Mediterráneo oriental fuera explotado por la Iglesia católica romana. Para ello, Urbano II, aún en mayor escala que Gregorio VII, recurrió a la demagogia religiosa y a la «gran mentira». Las dificultades del Imperio bizantino en los años ochenta del siglo XI facilitaron al papado la consecución de su objetivo.

En el transcurso de esa década, los normandos, dirigidos por Roberto Guiscard, seguían arrebatando a Bizancio sus provincias europeas: penetraron en el Epiro (Albania), cruzaron las montañas y se aproximaron a Tesalónica, provocando el pánico de Constantinopla. El nuevo emperador bizantino Alejo I

[34] Cl. Cahen: «An introduction to the first crusade». «Past and Present», 1954, núm. 6, pág. 14.

Comneno (1081-1118), apoyado por la nobleza militar de Asia Menor, recurrió a todos los medios, desde las armas a la diplomacia, para conjurar el peligro normando. Se aseguró el apoyo de Enrique IV, emperador germano, y los ejércitos alemanes invadieron Italia. Al mismo tiempo utilizó contra los normandos la ayuda de la República Veneciana, que temía por su comercio en el Adriático, cuyas rutas controloban los normandos. También recurrió al soborno dentro de las huestes normandas, particularmente en Italia. Amenazado por un ataque alemán desde la retaguardia, Guiscard levantó su campaña contra Bizancio. Después de su muerte (1085), todas las tierras conquistadas por los normandos en los Balcanes y en las islas y puertos del Adriático fueron reconquistadas por Bizancio con la ayuda de la flota veneciana. A cambio, los venecianos cobraron un precio muy alto: obtuvieron enormes privilegios, como la libertad de comerciar sin pagar impuestos en todas las ciudades bizantinas, extendieron el control aduanero a los puertos griegos, recibieron el derecho de libre navegación por los mares y estrechos; además, el tesoro bizantino debería pagar una renta al dux veneciano y ceder para los mercaderes de Venecia un barrio especial en Constantinopla, dotado de tres muelles, y los ciudadanos venecianos fueron eximidos del cumplimiento de las leyes griegas[35].

No obstante, el peligro para Bizancio aumentaba desde el norte y desde el este en forma simultánea. Las poblaciones eslavas de Bulgaria, en protesta contra los impuestos, se sublevaron y llamaron en su ayuda a los pechenegos. Los ejércitos bizantinos sufrieron una derrota tras otra; los pechenegos penetraron en Tracia. Tras derrotar a Alejo Comneno en 1088 en Silistria, los pechenegos ocuparon Adrianópolis y Filipópolis y llegaron hasta las murallas de la capital. En ese preciso

[35] N. Sokolov: «La política oriental de la plutocracia veneciana en el siglo XII». «Uchionye zapiski Gorkovskogo gos. un-ta Ser. Ist.-Filol.», Vyp. XVIII, Gorki, 1950, pág. 128.

momento el emir selyúcida Chaja, establecido en el oeste del Asia Menor (en Esmirna) y en algunas islas del mar Egeo, lanzó su flota a la conquista de Constantinopla. El emir Chaja estableció contactos con los pechenegos, que dieron como resultado un plan ofensivo común contra la capital del Imperio. La situación de Bizancio en esos años (1088-1091) fue sumamente difícil. El conocido bizantinista ruso F.I. Uspenski la compara con la situación del Imperio siglos después, en los últimos años de su existencia, cuando los turcos osmanlíes rodearon Constantinopla y la aislaron del mundo exterior[36]. Precisamente en ese momento tan crítico para Bizancio, cuando —como dice la historiadora bizantina Ana Comneno (hija de Alejo I)— la situación del Imperio tanto «en el mar como en la tierra era malísima, agravada porque el duro invierno de 1090-91 había cerrado todas las salidas y los montículos de nieve impedían abrir las puertas de las casas», el papado, igual que lo hiciera quince años antes, presionó sobre Bizancio. Los embajadores de Urbano II, que se encontraban en Constantinopla desde principios de 1088, presentaron a Alejo I una protesta porque a los latinos (a los católicos) se les obligaba a oficiar los servicios religiosos de acuerdo al rito ortodoxo-griego. Alejo Comneno contestó al Papa en tono conciliatorio e hizo concesiones a Roma. Fue acordado celebrar en Constantinopla un concilio eclesiástico para eliminar las diferencias dogmáticas y rituales entre la Iglesia católica y la ortodoxa y se iniciaron negociaciones sobre la unificación.

Los gobernantes bizantinos se mostraban de palabra dispuestos a limar las diferencias teológicas entre Roma y Constantinopla por una razón muy sencilla: el Imperio estaba ante un serio peligro. Los turcos (los pechenegos y los selyúcidas) habían invadido literalmente a Bizancio. Cercado por los enemigos, Alejo buscaba aliados en Occidente (y también en Rusia).

[36] F. I. Uspenski: «Historia del Imperio bizantino», t. III, Moscú-Leningrado, 1948, pág. 140.

En 1090-1091 el emperador bizantino se dirigió a los reyes y príncipes de Occidente solicitando ayuda militar. También envió embajadores al Papa. Alejo Comneno depositaba en Roma esperanzas bien definidas: necesitaba aumentar el ejército del Imperio. Occidente ya había suministrado antes a Bizancio gran cantidad de mercenarios normandos, escandinavos, anglosajones, etc. Ahora Constantinopla necesitaba con urgencia más tropas. Roma podía ayudar a Bizancio a enrolar mercenarios; esa razón explica la aparente disposición del gobierno bizantino a negociar la unificación. Pero Constantinopla no podía confiar excesivamente en el Papa, pues conocía bien las pretensiones hegemónicas de la curia romana en una Iglesia unificada. Mientras seguía negociando con Roma la unificación de las iglesias y seducía a los feudales occidentales con el señuelo de las riquezas orientales, Bizancio recurría a otras fuerzas más directas para romper el cerco de la coalición de pechenegos y selyúcidas; concretamente a los polovianos, nuevos aliados del Imperio.

Los pechenegos fueron atacados y derrotados por las tribus polovianas a fines de abril de 1091. La flota del emir Chaja no tuvo tiempo de acudir en ayuda de los pechenegos y también fue derrotada. Recurriendo unas veces a la fuerza militar, otras a las intrigas políticas y al soborno, Alejo I pudo finalmente librarse del terrible peligro que amenazaba a Constantinopla y recuperar las costas del mar de Marmara, las islas de Quio, Samos y Lesbos, obligando a los selyúcidas a retroceder. Ya no tenía necesidad de seguir coqueteando con Roma. Las negociaciones sobre la unificación no dieron resultado. A despecho de Urbano II, Bizancio tampoco hizo concesiones a la curia romana. El concilio proyectado no se realizó; las diferencias religiosas quedaron vigentes.

Sin embargo, la ayuda solicitada por Bizancio a Occidente iba a tener repercusiones. Los caballeros segundones y los príncipes feudales de Occidente, a los que el afán de saquear había llevado a España, a Italia, a Sicilia y hasta a los Balcanes, soñaban con las campañas en Oriente, más desarrollado económicamente que Occidente y una fuente de enormes riquezas y de un lujo jamás visto. Ponían sus miradas ávidas en los opulentos países orientales, de donde llegaban por intermedio de los árabes las más variadas y valiosas mercancías. Los relatos de los peregrinos que regresaban de Jerusalén y de Constantinopla desataban su imaginación: veían esplendorosos templos y magnificentes palacios de las ciudades orientales, el lujo de las clases ricas bizantinas y árabes. Sobre las maravillas de los países de Oriente los juglares componían poemas que difundían por los castillos. ¡Dejar que esa presa tan tentadora cayera en manos de los selyúcidas! Esta idea sobre todo excitaba a los normandos establecidos en Italia meridional y en las islas del Mediterráneo. Vinculados estrechamente a Bizancio desde hacía décadas, ya como mercaderes-piratas, ya como guerreros mercenarios, nadie mejor que ellos podía valorar las riquezas de Constantinopla. La suerte de Bizancio «preocupaba» no sólo a los normandos, sino también a muchos príncipes y caballeros de Occidente, que sólo esperaban el momento propicio para caer sobre las riquezas del Imperio griego. Téngase en cuenta, además, que para los señores feudales de Occidente, que poco o nada sabían de geografía, las tierras del emperador bizantino se extendían por todo el Oriente. No se podía consentir que una presa tan codiciada se hallara en manos de los «infieles« selyúcidas.

El papado, que a la vez que protegía sus propios intereses velaba por los de la clase dominante, tenía bien presente la importancia de las revueltas, de las fugas campesinas y del éxodo rural, la disposición de las masas para el sacrificio ascético y también los ánimos de conquista entre los caballeros y grandes señores feudales. Ya en la década de los setenta del siglo XI Roma había intentado satisfacer esos afanes orientando contra los selyúcidas, con el pretexto de salvar a Bizancio, a los elementos que suponían peligros para los intereses de los terratenientes feudales. La nueva situación de principios de los

años noventa de ese siglo resultaba la más apropiada para poner en práctica los planes que Roma se había trazado hacía veinte años.

La atmósfera de Occidente se caldeaba. A fines del siglo las contradicciones sociales se agudizaron. Tras los «siete años flacos», la miseria campesina se hizo insoportable. La indignación de los de abajo aumentaba y adquiría las formas más distintas. Los caballeros segundones se entregaban al bandolerismo sin freno. La sensación de inseguridad en el futuro se apoderaba más y más de los feudales eclesiásticos y laicos.

El llamamiento de Bizancio no pudo ser más oportuno. El camino a Oriente lo habían marcado los peregrinos, cuya ruta habitual pasaba por el Rin y el Danubio y cruzaba Hungría hasta Constantinopla. La anarquía reinante en el Estado selyúcida, dividido en principados, prometía que Oriente sería una presa fácil. En esas condiciones, la petición de Constantinopla, atendida rápidamente por los caballeros, fue uno de los primeros estímulos exteriores del movimiento de los feudales occidentales en favor de la campaña hacia Oriente. Ya en 1092 se hablaba de la cruzada para «salvar el Imperio de Grecia»[37]. Los llamamientos de Alejo I a los príncipes occidentales, en particular al conde Roberto de Flandes[38], encendieron la avidez de los caballeros. Pero los feudales estaban demasiado divididos, y los planes de ayuda no pasaron de la etapa inicial. Se requería una intervención activa de la Iglesia católica, máximo exponente del «internacionalismo» de los feudales. Esa intervención no se hizo esperar.

[37] F. I. Uspenski: Ob. cit., págs. 140-141.

[38] Se conserva el texto del mensaje del emperador bizantino a Roberto de Flandes, lleno de tentadoras promesas para los caballeros. El mensaje parece una invitación a saquear Constantinopla: «Nos ponemos en vuestras manos..., es preferible que Constantinopla sea vuestra que de los turcos o los pechenegos; en ella están las valiosas reliquias del Señor; los ricos tesoros de sus iglesias bastaría para adornar todas las iglesias del mundo. Huelga hablar de los incalculables tesoros ocultos en los sótanos de los anteriores emperadores y de los poderosos nobles griegos», etc.

Es dudoso que Alejo Comneno escribiera en tales términos. Probablemente el texto de esta carta (en latín) sea una falsificación posterior de los cruzados para justificar sus robos en la capital bizantina. No obstante, algunos historiadores estiman bien que ese texto latino se basa en un original perdido de la auténtica carta de Alejo Comneno. No caben dudas que Bizancio solicitó la ayuda de los príncipes europeos en 1090-1091.

Convencido del fracaso de las tentativas de unificar las iglesias por medios diplomáticos, Urbano II optó por el camino de Gregorio VII, resucitando sus planes de conquistar a Bizancio por la fuerza de las armas, pero con el pretexto de ayuda contra los «infieles». El Papa, conocedor de los ánimos belicosos de los señores feudales de Occidente, procuró extraer de ellos el máximo provecho para la Iglesia católica. Las circunstancias parecían propicias para llevar a cabo, con ayuda de los caballeros, los antiguos planes expansionistas del pasado y dar un importante paso hacia la creación de una monarquía teocrática «universal». El papado decidió aprovechar la ocasión para satisfacer, por cuenta ajena, las exigencias de los feudales de Europa occidental y lograr al mismo tiempo los ambiciosos propósitos propios.

Urbano II asumió la iniciativa de organizar una expedición en gran escala a Oriente; la idea se difundió en las esferas feudales de Occidente. En 1095 el Papa avanzó un amplio programa de unificación de los caballeros de Europa occidental para conquistar los países orientales bajo la consigna de «rescatar el sepulcro del Señor».

Así surgió y tomó cuerpo la idea de las cruzadas.